





LEYENDAS DE ANIMALIA  
UN MISTERIO DE LO MÁS FUNESTO



Víctor Fernández García

LEYENDAS DE ANIMALIA  
UN MISTERIO DE LO MÁS FUNESTO



Primera edición: octubre 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Víctor Fernández García

ISBN: 978-84-18958-34-2

ISBN digital: 978-84-18958-35-9

Depósito legal: M-28046-2021

Editorial Adarve

c/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

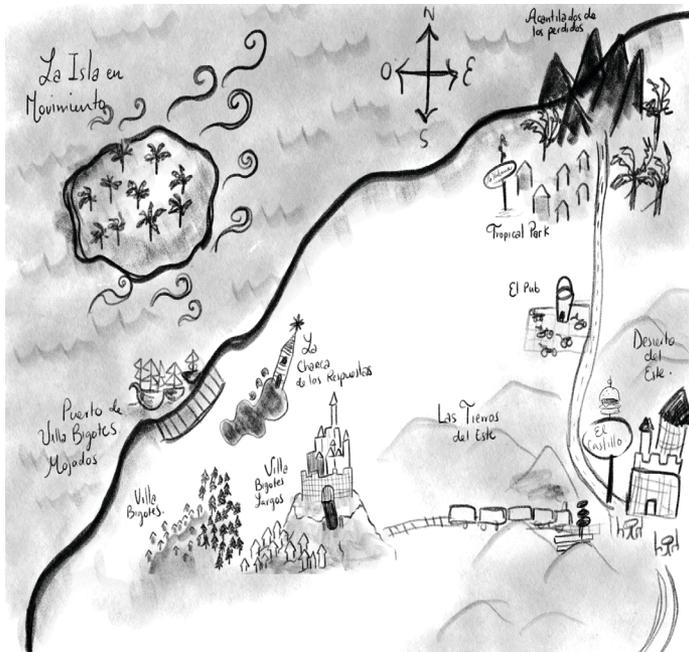
[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

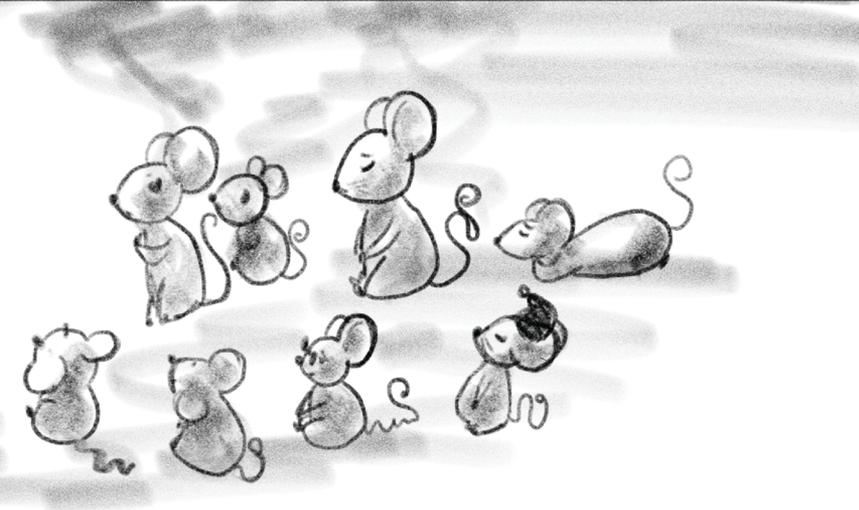
Impreso en España

*Para Yedi y Jackie*











# 1

Era una fría velada.

Aquel otoño había traído ya muchas noches como esa, pero en esta ocasión había que añadir que llovía a cántaros.

Literalmente.

Rocas de diferentes tamaños se precipitaban junto a una lluvia torrencial sobre los patios de Palacio. Era uno de los muchos fenómenos que la noche más mágica del año podía traer consigo.

El rey emérito Husk carraspeó.

Frente a él, un gran libro de lomo desgastado.

Un poco más allá, su público, integrado en su totalidad por ratoncitos de escasa edad.

Mucho había cambiado desde que delegase las gestiones de Villa Bigotes a su hija Dalamy. Entre las novedades estaba, cómo no, el usar el palacio para dar refugio a la población más necesitada en noches raras como la que les ocupaba.

Cuando se dispuso a proseguir con la lectura, el antiguo rey alzó sus ojos en señal de tedio absoluto.

Uno de los ratones más pequeños alzaba la mano por enésima vez. Y no era uno cualquiera.

—Por todos los quesos, Bermúdez, ¿Qué quieres esta vez?

Sin embargo, cuando el nieto de Husk iba a hablar, se encontró con la fuerte colleja que su hermana gemela le propinó.

—Bien hecho, Kesadilla —que la pequeña princesa hubiese asomado el morro unos segundos antes en el parto parecía darle cierta autoridad innata sobre su hermano. Con un gracioso y grácil gesto, indicó a su abuelo que prosiguiese.

El enésimo carraspeo del rey emérito se fusionó con el sonido de un fuerte trueno.

Por fin, la lectura anual del cuento para los desfavorecidos prosiguió.

*No había nada que Funesto LoOtro no pudiese descifrar.  
Tan solo necesitaba unas buenas cantidades de tiempo y puros. Puros como los que en ese momento veía arrancados de su parte trasera por las inmensas fauces del detective.*

*En tiempos anteriores al Gran Despertar, Funesto bien podría haber pasado por un gran blanco en los océanos de Animalia.*

*No obstante, ahora el tiburón se dedicaba a otros quehaceres.*

*Ataviado con una gabardina color crema que cubría buena parte de su corpachón, Funesto daba grandes caladas a su puro entrecerrando los ojos ante la indiscutible escena de un crimen.*

*La sangre, vieja conocida suya, se repartía a lo largo del suelo y las paredes de la estancia...*

Husk detuvo su lectura al escuchar los primeros sollozos de la noche.

Una pequeña sonrisa de victoria se dibujó en su boca mellada. Pues había pasado muchas horas en lo relativo a la selección de la lectura de esa velada.

Hacer pasar un mal rato a esos pequeñuelos era su pequeña venganza a las magnánimas decisiones de Dalamy. Su airada protesta.

No obstante, todos sus cálculos se le fueron de las manos mientras la situación se descontrolaba.

Los primeros sollozos dieron pasos a llantos y pataleatas. Pronto, la guardería de la que estaba al cargo era un gallinero de criaturas empapadas en mocos y lágrimas.

Tanto era el escándalo que, tratando de alzar al máximo su aguda voz, el grito se hizo escuchar por toda la estancia.

—¿Queréis hacer el favor de desaparecer de mi vista?!

Dicho y hecho, un súbito silencio relajó las cargadas sienes del otrora rey.

El problema es que provenía de una inesperada ausencia.

Atónito, Husk contempló como frente al libro no quedaba ni un solo ratoncito.

Tragando saliva ostensiblemente, fijó la vista en los grandes pedruscos que caían sobre el patio exterior.

No le resultó demasiado costoso pensar en lo parejo de ese asfalto y su propia cabeza a la que alguien se enterase de aquello. De modo que, con sigilo felino y mirando a izquierda y derecha, se lanzó en carrera al abandono de la estancia.

Cuando Husk corría, el desproporcionado tamaño de sus patas traseras le hacía parecer de todo menos un gato.

Eso pensó el Gran Mago Áltamir cuando lo vio acercarse, torpe pero veloz.

—¡Pero si pareces un canguro al galope! —el renacuajo solía reír sus propias gracias, y en esa ocasión no iba a ser menos. Sin embargo, se atragantó al ser atropellado por el rey emérito, que se desmoronó en pleno pasillo al tropezarse.

Al levantarse, Áltamir acarició su mentón ante lo extraño de aquello. Husk podía ser muchas cosas, pero no precisamente alguien estresado.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —el Gran Mago oteó a su alrededor. Antes de que posase su vista en el gran salón, Husk estalló.

—¡T... Ti... Tieeneees queee ayudaaarmeeeee!

Cuando Áltamir se acercó al antiguo rey para tratar de calmarle, este escupió de forma literal el resto de la información.

Tanto Bermúdez y Kesadilla como el resto de ratoncillos habían desaparecido.

Mientras el renacuajo trataba de librarse de la viscosa baba Real, reparó en que Husk estaba pálido a más no poder.

No era para menos.

Al fondo del pasillo, Lady Lyla asomaba, seguida de cerca por los reyes Dalamy y Ramírez, que, entretenidos en una amena charla, no esperaban en absoluto la terrible noticia.

—¿Dices que los pequeños han desaparecido? —la voz de Lyla resultaba tan sedosa como penetrante era la mirada con la que perforaba a su marido. Este miraba al frente, a nada ni nadie en particular, como si aquello pudiese otorgarle cierta invisibilidad.

—Oh cielo santo... —Dalamy se llevó la mano a la frente mientras caía desmayada en los brazos de Ramírez.

El ratón barajaba multitud de opciones, pero se decantó sin dudar a observar paciente cómo el Gran Mago Áltamir recorría meditabundo la estancia.

Súbitamente, se giró hacia los presentes.

—Que no cunda el pánico. Lo primero que hay que hacer es dar con la reacción a lo desaparecido —en ese momento las puertas que conectaban con el patio se abrieron de par en par. Empapado y jadeante, un miembro de las Tropas Mágicas de Áltamir corrió en dirección a este para susurrarle algo al oído.

Los ojos del renacuajo fueron abriéndose a la par que su sonrisa se extinguía.

—¡Habla, por lo que más quieras! —Lady Lyla estaba tan tensa que el renacuajo obedeció al instante.

—Algo muy extraño ha acontecido en el puerto de Villa Bigotes Mojados. Se ha avistado un tiburón.

—Maldita sea. ¿Desde cuándo es extraño eso en el maldito mar?

Acercándose a Lyla, Áltamir alzó su mano apuntando un dedo al morro de la gata.

En voz baja, tratando ridículamente de dar solemnidad a su tono, sentenció:

—Lo raro del caso, a parte de la vestimenta del bicho, es que ha sido avistado tomando un whisky en una taberna de dudoso renombre.

—Que lo traigan de inmediato.

Tropas apresuradas partieron de Palacio al instante.

Cuando Dalamy abrió lentamente los ojos, Ramírez suspiró aliviado.

Si bien era cierto que aquel misterio se le escapaba de las manos, cuanto menos comenzaban a disponer de las primeras piezas para resolverlo.



